Un nuevo contexto de lectura: literatura latinoamericana en USA

Graciela Montaldo

Las cifras más conservadoras estiman que hay más de 34 millones de hispanohablantes en Estados Unidos. La población de hispanos es de 52 millones. En muchas ciudades del país, el español no es una lengua extrajera sino una segunda lengua que convive con el inglés. Este contexto lingüístico no da cuenta, sin embargo, de la colocación de la literatura en español en Estados Unidos. Gran parte de la población hispana es de origen inmigrante, está empleada en los trabajos peor remunerados, muchos son ilegales. El devenir del español, por eso, es múltiple (lo hablan migrantes de México, centro y Sudamérica y, naturalmente, también de España), crece a un ritmo sostenido pero es, por sobre todo, *lengua de comunicación*. Y aunque hay muchas publicaciones en español, en su mayoría son periódicos de información local y espectáculos.

Por otro lado, Estados Unidos es un país muy permeable al habla de lenguas extranjeras, pero que se ha caracterizado por ser muy poco receptivo al consumo más estrictamente cultural de las producciones foráneas (películas, series de tv, música, literatura en otros idiomas). Solo el 3% de la literatura que se edita en el país son traducciones. De ahí que haya que ubicar la literatura latinoamericana en una zona ambigua, de convergencia con la difusión del español, pero que parece sometida a una doble extranjería: la de la identidad cultural de los hablantes pero también la de la lengua escrita.

En el contexto de crecimiento del español hablado, en casi todas las universidades se hicieron fuertes los Departamentos de español, que enseñan lengua a los estudiantes del college y literatura en español a los estudiantes de maestría y doctorado. Superadas ya las querellas entre “peninsularistas” y “latinoamericanistas” por la aparición de las disciplinas transatlánticas y globalizadas, también las lecturas del canon están fuera del radar de estudiantes y profesores. La literatura latinoamericana a veces se solapa con la hispana (que abarca lo escrito en español, por comunidades de origen hispano) en las denominaciones académicas; pero también existe la cultura y literatura latinas, que abre otro universo cultural. “Lo latino” es el nombre de las producciones de las poblaciones de origen –principalmente- caribeño pero en el contexto norteamericano, desde Jennifer López hasta Junot Díaz, y en inglés (con incrustaciones varias de español). Dentro del sistema de “políticas de la identidad” que rige en buena parte de los estudios académicos, lo latinoamericano no escapa a ciertas formas del estereotipo.

Si bien los profesores especializados en América Latina son tanto americanos como de diversos países del continente (con una minoría de europeos), dentro de su trabajo académico las perspectivas pueden ser múltiples: cruzadas por los intereses teóricos de otros campos, por su acceso a publicaciones, por sus gustos y curiosidades personales. Lo mismo sucede con los estudiantes (norte y latinoamericanos en su gran mayoría en los programas doctorales). El sistema universitario norteamericano, por otra parte, es anti-normativo, anti-canónico y más proclive a que los estudiantes se armen su propio programa de estudio, sus propias listas de lectura y que innoven todo lo posible.

 Lo que se lee depende de circunstancias muy coyunturales. Creo que lo más notorio es que *no se lee la literatura latinoamericana dentro de un sistema de literatura latinoamericana*. Si los autores latinoamericanos se leen en un departamento de “literaturas comparadas”, o de “lenguas romances” o de “lenguas extranjeras” las elecciones y los resultados pueden ser muy diferentes a que si se los lee dentro de un departamento de “español y portugués”, pues los contextos de interacción son completamente disímiles. Por otro lado, ciertos estereotipos (como el del realismo mágico) se siguen arrastrando y hacen que se identifique la literatura latinoamericana con la cristalización de un momento y de una interpretación en los departamentos menos dinámicos.

 De este modo, cuantos más programas académicos se conocen, más difícil es hacer una generalización. Sobre todo, porque las coyunturas cambian permanentemente, de acuerdo a las momentáneas circunstancias nacionales, a los temas que se imponen por interés o por moda en la academia norteamericana. Hubo y hay temas que magnetizan ciertos autores y obras. Así la violencia política, las desapariciones, la memoria, el trauma fueron temas que en los años 90 hicieron leer a muchos autores argentinos (Ricardo Piglia, Tununa Mercado, Luisa Valenzuela). Esos mismos temas hoy permiten leer la producción cultural peruana, obviamente, con otros parámetros teóricos y con un conjunto de obras muy diferente. Brasil no deja de estar identificado con la corporalidad: cuestiones de género, de raza y música, han marcado las investigaciones de varias generaciones de especialistas en el área. El género implicó tanto a los estudios de la literatura de mujeres (Clarice Lispector sobresaliendo) como a los “queer studies” (Silviano Santiago); las perspectivas desde la raza permitieron una lectura de la tradición más amplia de autores y tiempos. *Os sertoes* de Euclides da Cunha sigue siendo un clásico a problematizar. La música, finalmente, disolvió la literatura dentro de otras prácticas culturales, que es a lo que tienden hoy muchos estudios latinoamericanos en los que antes eran departamentos exclusivos de literatura. Estos temas también implicaron a la literatura caribeña, especialmente la cuestión racial.

 La “narcoliteratura” hizo que se leyeran muchos autores colombianos aunque Fernando Vallejo tuvo y tiene la preeminencia. Desde que el género se instaló en México, el desplazamiento de los estudios de narcoescritura derivó hacia las novelas de escritores como Yuri Herrera. Pero México no deja de ser también la revolución de 1910 ni el 68 así que Mariano Azuela, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis siguen su rumbo.

Cuba siempre es un caso aparte para Estados Unidos, pero también se acomoda a las coyunturas académicas. Racialización y estudios homoeróticos revisaron el siglo XIX y la modernidad cubana, con la obra de Reinaldo Arenas como estandarte. También se leen las obras que discuten los límites de la Revolución. A fines de los años 90 comenzó a revisarse el “sovietismo” en la cultura cubana en paralelo a los estudios post-soviéticos de los departamentos de alemán y lenguas eslavas. Ya que es difícil tener acceso a la producción de la isla, la de la diáspora resultó más accesible, de modo que autores como Antonio José Ponte o Leonardo Padura son bastante visitados. En cambio, los blogs escritos en la isla se volvieron objeto de estudio del presente.

Los nombres de Gabriel García Márquez, Borges, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Diamela Eltit, Manuel Puig, Roberto Bolaño son conocidos por una amplia población de estudiantes de licenciatura, pero dado que no se especializan en literatura latinoamericana, los leen en contextos muy diferentes y, en general, de manera fragmentaria pues no tienen completa fluidez en español. El mundo de la literatura latinoamericana en inglés es muy diferente pues se compone de lo poco que hay traducido. Algunos clásicos (Martí, Borges, Cortázar, García Márquez) y algunos contemporáneos (Roberto Bolaño, César Aira) suelen estar presentes en las librerías gracias a un movimiento de editoriales independientes (Open Letter, Archipelago, entre otras) que traducen a escritores latinoamericanos, como Juan José Saer, Sergio Chejfec, Valeria Luiselli . Pero la novedad pasa también por otro tipo de fenómenos, como la nueva difusión del libro; en este sentido, Eloísa Cartonera y las editoriales cartoneras del continente han generado un interés más allá de la obra; un interés por la materialidad y la circulación de los libros.

Si hablamos del presente, las cosas adquieren otro matiz. La difusión de los estudios culturales, como nueva disciplina académica desde los años 90, hizo que muchos departamentos se reconvirtieran hacia ese campo. El resultado fue una progresiva lectura de la literatura –cualquiera sea- como parte de producciones culturales ampliadas, donde los objetos a estudiar se multiplicaron y combinaron de maneras poco convencionales. La literatura perdió espesor leída entre otros muchos objetos, pero también ganó nuevas formas de legibilidad que la hicieron más receptiva. En los últimos años, una tradición fuerte de la literatura en inglés comenzó a desarrollarse en español: las maestrías en “escritura creativa”. La universidad de Iowa y de El Paso, Texas, abrieron líneas en español dentro de sus programas en inglés. La Universidad de Nueva York abrió en 2007 la primera maestría en escritura creativa en español. Estos programas están creciendo muy rápidamente, instalando una nueva bohemia de escritores, esta vez en español.

La idea de Latinoamérica no es un problema menor. Desde Estados Unidos, “América Latina” se convierte en una unidad peligrosa desde la que se suelen uniformar tradiciones culturales, literarias y políticas muy diferentes; pero también es un marco para leer una región que, desde siempre, ha obligado a politizar su estudio, a entenderla como un problema que se resiste a subordinarse a una mera versión poscolonial, subalterna u otra categoría de margen creada en la academia. En un país multicultural, por razones históricas, políticas y territoriales, América Latina no es una comunidad más, pero, por ello mismo, no se la puede ver solo desde una perspectiva. Lo latinoamericano no es en Estados Unidos una extranjería completa pero tampoco es una parte completamente integrada. En esta colocación desplazada su presencia, en cualquier ámbito, no es ni uniforme ni estable, sino sometida a la movilidad y cambios de sus poblaciones. La gran novedad de los últimos años, en un medio en que la lectura de la literatura latinoamericana sigue creciendo, parece residir en el hecho de que ella está estableciendo su propio sistema de lectura, absolutamente nuevo y diferenciado.